

# La exploración del sentido del ser del hombre

RUSH GONZÁLEZ

Estas líneas giran en torno al contenido filosófico de la obra de Mijail Malishev, filósofo de origen ruso, mexicano por adopción. Su línea de pensamiento aquí evocada abarca la antropología filosófica, consideraciones éticas, la eficacia del reconocimiento como fundamento del sentido de toda existencia humana.

La formulación de la pregunta que interroga por el ser del hombre establece una de las líneas principales de la investigación filosófica. Es en el Alcibíades de Platón donde por primera vez aparece formulada explícitamente dicha pregunta. Desde, y a partir de entonces, el hombre ha devenido problema para sí mismo. Digamos que uno de los compromisos contraídos por la filosofía consiste en replantear en cada etapa histórica la pregunta por el ser del hombre, al tiempo que sugiere una respuesta.

Podría decirse, junto a Max Scheler, que la tarea de suyo propia del hombre, ser *gestae*, consiste en la permanente búsqueda de un puesto en el cosmos. Esta búsqueda homogenizaría a la par que distinguiría a los hombres: todo hombre está igualmente propenso a esta búsqueda, pero la manera de emprenderla es singular. No existe una idea exclusiva y acabada del hombre. Todo gran filósofo ha propuesto una noción, revelando con ello la esencial motilidad del ser del hombre. El puesto de cada singular no está designado previamente para cada individuo, es más bien el producto de su empeño y esmero.

El ser del hombre es *sui generis* y merece un tratamiento distinto al que reciben los otros seres. Esta exclusividad y relevancia le viene directamente de su definitoria posibilidad de pensar las cosas y poder pensarse a sí mismo, lo que lo coloca en un lugar preeminente: el centro del ser, espacio teórico de la noción clásica del humanismo.

La gran paradoja en la meditación filosófica por el ser del hombre consiste en que éste es precisamente lo más inmediato y, sin embargo, conceptualmente lo más complicado. Sé que soy hombre, pero cuando me preguntan qué es el hombre no sé a ciencia cierta qué responder. El hombre es lo más inmediato y a la vez el enigma más grande de toda teoría.

La antropología filosófica, como disciplina específica, es de reciente aparición; su nomenclatura se atribuye a Max Scheler, no así la pregunta que interroga por el ser

del hombre, que se formula en occidente desde hace más de dos mil quinientos años. La antropología filosófica surge en medio del humo de la crisis, en el océano de la pérdida de los ideales del viejo humanismo. La emergencia de esta disciplina viene a delatar la anomia en la que vive el hombre desde principios del siglo XX. Urgía encontrar un rumbo que estuviese iluminado por la razón, se trataba de encontrar el papel y el puesto del hombre en el cosmos.

La antropología filosófica surge en la era de la muerte de Dios: el hombre estaba condenado a lidiar con la vida mediante sus propias fuerzas. Filosofías como las de Sartre y Heidegger así lo vendrían a confirmar. El hombre estaba obligado a ser en el mundo, vivir en la inmanencia del tiempo, condenado a ser libre.

Un rasgo característico del quehacer filosófico desde principios del siglo XX, consiste en el reconocimiento de la inmanencia del mundo como circunstancia humana, y el reconocimiento del tiempo como único horizonte de realización de nuestras posibilidades. Este marco constituye una especie de demarcación teórica para el cultivo subsecuente, serio, de las indagaciones filosóficas: este es el caso del trabajo antropológico de Mijail Malishev.

Malishev es un buscador de la verdad del ser del hombre, un cultivador de la antropología filosófica. Gran parte de su obra ha girado en torno al multifacetismo, última circunstancia del hombre. En este contexto, la obra de nuestro autor ofrece una marcha en la que se desgranar las múltiples facetas del hombre: momentos, rostros, posteriormente recuperados en una unidad ontológica puesta por la existencia misma. La pluralidad recabada por la pluma de Malishev posibilita y define la unidad. El ser de cada hombre es uno precisamente porque es el resultado de la reunión de sus distintas facetas.

Cierto es que una idea del hombre no se da acabada cual si fuera una definición de diccionario especializado en ciencias sociales. La idea del hombre se construye, se rastrea por las huellas en la arena de la gramática filosófica. Así, en la obra de Mijail no se da propiamente una definición del hombre: nos presenta un ser de multifacético, habitante de múltiples circunstancias. El hombre no es reductible a una de sus capacidades o a alguna de sus manifestaciones. Otrora se pensó que el hombre por esencia era razón; luego se lo concibió como voluntad, como pasión, como sentimiento, como instinto, sobredimensionando siempre alguna de sus facetas. Mijail dirá que definir al hombre en sólo alguna de sus manifestaciones significa reducirlo, imposibilitando su unidad final, que contenerlas todas. En este sentido al hombre no se le podrá aprehender desde sólo una perspectiva. Es necesario contemplar sus distintas caras, cual obra de arte que requiere ser admirada desde todos los ángulos y perspectivas posibles.

Las distintas temáticas que conforman la obra de nuestro autor son testimonio callado que grita precisamente la idea del hombre como ser multifacético. En esta obra vemos al autor transitar de la historia de la filosofía, a la filosofía política, a la reflexión sobre el arte y la literatura; de ahí a la antropología filosófica, a la meditación sobre los sentimientos, las vivencias: amor, muerte, envidia, fe, deber, nihilismo, mitos, libertad, angustia... Su obra es también multifacética, transita de uno a otro lado recorriendo las sendas del pensar y registrando las huellas del hombre. Al mostrarnos lo que es el hom-

bre y su esencial movilidad entre circunstancias, nuestro autor hace olvidar cualquier definición cerrada.

Pero hay algo más, el hombre al crearse, al inventarse a cada momento en la inmanencia del mundo y del tiempo, lo hace mediante el ejercicio de la libertad y en conciencia de su inmanencia. El autor nos dice en alguna parte de su obra que “para elaborar una cultura de realización de los ideales es necesario dejar de igualar lo humano con lo divino”. Hay que aprender a ver al hombre como lo que es: ser de este mundo.

La labor filosófica de nuestro autor constituye una propuesta de secularizar la filosofía: desmitificar al hombre, desmitificar la filosofía. Hay que aprender a vivir entre nuestros semejantes: después de la muerte de Dios lo único que nos queda son nuestros prójimos. Tener conciencia de esto es estar en la dimensión humana y mundana propia de nuestro tiempo. Sólo hay un mundo y una vida: conviene cuidar y amar la vida porque es irremplazable; sólo se vive una vez, cada minuto transcurrido será irrecuperable. Amar quizá sea la mejor dádiva del hombre. Confiar en el hombre porque es al único al que podemos nombrar con el tú. Amar a nuestros semejantes, no por mandato heterónimo sino por la convicción de que ellos son los únicos que pueden amarnos también. El amor y los otros sentimientos nos colocan en inmediata relación con nuestros congéneres, y esto constituye la puerta hacia la dimensión moral y ética.

Cuando el discurso filosófico alude a la interrelación humana se halla frente a la ética. Nuestro autor ha abundado en el tema de los valores y la valía de la persona. Nos ha invitado a reconocer al hombre tal como es para exigirle reivindicaciones más altas. Propone en lenguaje kantiano que “el hombre no requiere de Dios para saber sus obligaciones morales, ni para entender la motivación principal de sus acciones éticas: el respeto por la dignidad de cada persona humana, no la obediencia de mandatos divinos”. Respetar al semejante implica respetarse a sí mismo. Nuestro autor, buen lector de Kant, es partidario de una moral laica, surgida e inspirada en la propia naturaleza humana; moral que protege por sobre todo la individualidad, la autonomía y la libertad del sujeto. El fin de todos los fines es el hombre. La filosofía, al igual que las demás creaciones culturales deberán estar abocadas a este propósito, a saber, procurar el desarrollo en todas sus dimensiones del ser del hombre.

En esta misma dirección, nuestro autor apunta que la tarea de la filosofía es permitir al hombre trascender la finitud que de suyo impone la vida. El hombre siempre tiene sed de infinito, de ser más, de trascender su condición; la filosofía ayuda al hombre a traspasar, mediante la reflexión inteligente, su condición limitada. La incertidumbre, la duda, el perpetuo combate con el destino final proclamado por la razón y la lucha apasionada contra la nada, impulsan al hombre a la esperanza, le abren una puerta al porvenir. Sin embargo, esta sed de trascender no debe sembrar entre los hombres la falsa ilusión de un más allá; el hombre debe desarrollarse en la inmanencia de su tiempo y en la circunstancia del mundo.

Nuestro autor nos recuerda que las ideas filosóficas no siempre se han expresado bajo conceptos formales y teorías rigurosas. El arte y la literatura, en virtud de sus condiciones específicas de desarrollo, han asumido algunas funciones de la filosofía. Esta

idea halla paralelo en José Gaos, quien notó el modo peculiar de hacer filosofía en América latina: el ensayo, la poesía, la política.

En alguna parte de su obra, el autor nos dice que “experimentar vivencias afectivas es estar implicado con los otros. La vivencia afectiva, como estado anímico, no es algo que tenemos sino algo que somos...” El hombre no está solo, siempre es con. Aquí hallamos otro paralelismo entre el pensamiento de Malishev y la filosofía del primer Heidegger. Ser hombre siempre es ser con: el hombre es un ser que siempre está en relación con los demás hombres y con las cosas. Para nuestro autor, el hombre se desenvuelve entre sus extremos relacionados: los otros y lo otro. Lo que distingue a cada hombre y lo hace único e irrepetible es su particular manera de relacionarse *in situ*. Todo hombre se relaciona con los otros y con las cosas, pero el modo de definirse en cada momento y en cada situación lo vuelve único. Si ciertamente existen los otros y lo otro como extremos relacionandos con el hombre, nuestro autor no evoca a la divinidad como tercer extremo, según el decir de Scheler y Marcel. Esta presencia ausente en el mapa que dibuja nuestro autor, tal vez derive de aquel su principio: aprender a negar incluso la trascendencia con tal de recuperar al hombre. Dios o el hombre.

El libro de nuestro autor, intitulado *En busca de la dignidad y del sentido de la vida*, refleja ecuanimidad y madurez. El texto en cuestión se resuelve a partir de una hipótesis inquietante a propósito del sentido de la existencia. En esta hipótesis funciona como presupuesto la relación de todo sujeto con los demás y con las cosas. Nuestra relación con los demás hombres implica reciprocidad que requiere motivos, excusas, valimientos. El hombre es el ser del sentido porque otea horizontes de realización. Todo acto humano coloca al sujeto en relación con el otro, quien le demanda atención. El hombre no actúa para sí sino para los demás, pues se mueve entre los otros, y en esta reciprocidad descansa el móvil más hondo del quehacer humano: la demanda de reconocimiento del actor al espectador. Como en una pieza de teatro, el actor se entrega en la ejecución de su papel pero el acto no cierra hasta que el público le hace explícito reconocimiento.

El reconocimiento ahora refulge como fundamento del sentido de la existencia; esta tesis deambula en la última hora de la obra de Malishev. Sobre esta tesis avizoramos dos posibles corolarios afortunados. Nos previene contra la indiferencia derivada directamente del consumo exagerado de medios masivos de comunicación. Esa indiferencia se traduce en crisis de interrelaciones humanas. Segundo corolario: el reconocimiento alimenta el sentido personal de la existencia; ello obliga a los hombres a abrir los ojos ante sus semejantes precisamente para otorgar y recibir sentido existencial. Empuja a los hombres a nunca perder de vista a sus semejantes. El reconocimiento mutuo se convierte incluso en deber moral de todo hombre.

El trabajo, la generosidad, la trayectoria intelectual de Mijail Malishev merecen, a no dudarlo, nuestro amplio reconocimiento. Es ejemplar su obstinado peregrinar entre los caminos de la pregunta que indaga el sentido del ser del hombre. Nuestra gratitud por su ejemplo y enseñanza.